

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA Y SU TESIS
DE DOCTORADO

Por *FLERIDA DE NOLASCO*

El maestro que da el ejemplo no sólo de trabajar por la cultura, sino de sufrir por la cultura, reclama de sus discípulos que a la cultura antepongan la justicia, la justicia que exige la perfección, que es magnánima, que edifica y desentraña valores; la justicia que es palabra de aliento, que recupera insanos olvidos; que es amor que se prodiga en esperanzas; justicia que es verdad vivida, que no sabe de estrecheces ni de menguados odios; justicia que es amor al hombre universal. . . Pedro Henríquez Ureña no es el maestro que pasó una vez junto a nosotros; es una presencia que no termina y que nos anima a amar la verdad sin que nos turben los mezquinos asaltos del interés personal.

Después de haberse graduado de abogado en la Universidad de México, lo encontramos en 1916 como profesor de Lenguas Romances en la Universidad de Minneapolis. El maestro dialoga con sus discípulos, inquiere razones; el maestro esencialmente humano, busca al hombre, descubre al individuo para poner en él su interés, adivina conciencias, requiere el material propicio a la anhelada perfección del hombre como hombre.

Años de experiencia habían transcurrido desde que leyó a Ariel, y considera que los juicios emitidos por Rodó respecto a los EE. UU. son demasiado severos, más severos que los de Hostos y Martí. ¿Por qué englobar en el mismo a toda una nación? . Ni siquiera aprobará aquel desahogo de Rubén Darío cuando, en incontenida pasión, lanza la ardorosa pregunta: ¿Tántos millones de hombres hablaremos inglés?

El maestro dominicano quiso —y no se cansó de predicarlo— un mundo comprensivo y unido, aunque diferenciado por la modalidad

autóctona. Tampoco le pareció atinado considerar a la nación norteamericana como la encarnación del verbo utilitario. Viendo a la gran nación con una sola mirada, no podrá descubrirse al individuo de elección. Y es opuesto asimismo al calificativo de "niveladora" dado a la civilización de los EE. UU.; porque considera que la democracia, que ha puesto la libertad al alcance de todos y que en la educación popular trata de dar al talento todas las ventajas poniendo la inteligencia al alcance de todos, lejos de nivelar los méritos, o inutilizar la selección, tiene por objeto suprimir las distinciones artificiales, para permitir la libre aparición y el desenvolvimiento fecundo del mérito individual. Buscará no los defectos, sino las causas de los defectos. Señala principios equivocados, equivocaciones de la visión de conjunto. Una es, y de las más graves, el especialismo, cuando se hace exclusivo; el cual puede comenzar a configurarse desde el inicio de los estudios si es que existen materias optativas. La otra causa, acaso no menos grave, es el excesivo control institucional. El especialismo conduce a la fragmentación de la personalidad; el control institucional somete al hombre a obligaciones que falsifican la libre condición humana. Los resultados de la especialización y del control institucional son: frustración, exclusivismo, impropias valoraciones y, en consecuencia, la mediocridad.

Y viene a mi memoria aquello de Robert Schumann: "El músico que no es más que músico, es un mal músico". Pero es lo cierto, y lo triste, que la nivelación de que habló Rodó, estamos en peligro de que se realice entre nosotros, con pérdida de los que todavía persiguen el ideal, y ganancia de los que siguen los pasos, menos tormentosos, del sesudo escudero. ¿Habremos adoptado el evangelio de la acción para olvidarnos del espíritu? Sin quizás darnos cuenta, nos vamos nivelando, achatando, dejando que el instinto animal nos domine.

"Deber de los hombres y las mujeres de espíritu es, según el criterio de Pedro Henríquez Ureña, no olvidar su obligación de orientar a los demás respecto de los intereses del espíritu, cuyos rasgos distintivos son dulzura y luz. Ningún pueblo, dice, debe fundar su orgullo únicamente en la perfección mecánica, ni en el progreso técnico". Yendo tras sus enseñanzas, sirvámonos de las máquinas sin hacernos máquinas; seamos seres de acción, sin que desmerezca el pensamiento, Es la reflexión, es la meditación, es la contemplación la que nos hace hombres completos. Continuemos aferrados a nuestro espíritu tradicional.

En una situación dramática se debate hoy el mundo. Posiciones hasta ahora irreconciliables, se los disputan. En las manos del opuesto credo ha caído deshecho el más allá, y con él, la fé en lo sublime, en la verdadera grandeza del hombre. ¿Qué hemòs de hacer? . Frente a una unión fortalecida para desgastar el espíritu, vale la pena de unirnos con firmes propósitos de paz en el amor. La salud está en que no se destiña nuestra natural fisonomía. ¡Y pensar que la pureza de la lengua materna, uno de los pilares en que descansa la tradición, se va perdiendo por descuidos que son reparables, y no se reparan!

Año 1916. Graves sucesos han ocurrido en Santo Domingo. La noticia de que el joven profesor de la Universidad de Minneapolis era hijo del recién electo Presidente de la atormentada República Dominicana, fué aprovechada por la prensa—monstruo que suele alimentarse con las desgracias ajenas —como noticia sensacional y económicamente provechosa. El Minneapolis Journal publica su retrato, y pareció conveniente agregar al pie que el Profesor dominicano apreciaba y prefería, por encima de su patria, a los E.E.U.U.

Pedro Henríquez Ureña se apresuró a aclarar por medio de la prensa local, la falsedad de tal afirmación: “Yo permaneceré enseñando en la Universidad de Minneapolis. Siempre cumplo mi palabra. Además, realizo con gusto mis tareas de profesor. Lo que más me interesa de un país es conocer el carácter individual. En cuanto a mi fidelidad, a mi lealtad, se debe enteramente a mi país. se ha publicado que prefiero, antes que a mi patria, a los E.E.U.U. Declaro que tal aseveración es totalmente incierta”.

Pocos días después, un redactor de “The Minneapolis Tribune”, entrevistó al profesor dominicano sobre el mismo asunto, y el propio periódico hubo de publicar su respuesta: “Admiro a los E.E.U.U. y a su pueblo. Pueblo grande y feliz. Nosotros, los dominicanos, pertenecemos a un pueblo pequeño y pobre. Me siento obligado a corregir la suposición de que yo pueda preferir otro país por encima de mi Patria. Creo que soy suficientemente cosmopolita para que puedan agrardarme todos los países. Pero el mío, pobre y desdichado como es, es mi Patria, right or wrong, como dicen ustedes. No me agrada tomarme la libertad de comparar unos países con otros. Lo que me interesa en particular es el hombre, el individuo”.

Busca, sin prejuicios, al hombre, al individuo, y lo busca con amor. En cuanto a las aludidas e ingratas comparaciones, un día escribirá: “¿Qué es un país civilizado? . El ideal de civilización no es la unificación completa de todos los hombres y de todos los países, sino la conservación de todas las diferencias dentro de una armonía. ¿Esta-

remos seguros de que hay grados de civilización? Sólo la fuerza lo decide hasta ahora”.

El 20 de Octubre del mismo año de 1916., P.H.U. pronunció una conferencia ante el Club de Relaciones Internacionales de la Universidad de Minneapolis, en cuyas aulas ejercía el profesorado. Expone la grave situación en que zozobra la existencia misma de su Patria, pueblo indefenso: “Unos cuantos hombres, ante la insólita situación, se han alzado en armas, se han ido a los campos en un atrevido e inútil gesto de patriotismo. Son los llamados gavilleros, los bandidos de la prensa difamadora.

Arruinada estaba nuestra confianza en un efectivo panamericanismo; el sujeto atropellado, el mal estimado, el agraviado, era nuestra propia carne, y esperábamos en vano defensores, heraldos de justicia, voces en fraternal protesta que tardaban en dejarse oír.

P.H.U. continúa buscando en Norteamérica hombres que apreciar, hombres que amar y que admirar. Busca al hombre, a los hombres incontaminados de errores políticos y de criterios deformados. Mientras tanto, las naciones hispanoamericanas, hermanas nuestras en la sangre, en la lengua, y en la fé, no se enteran de nuestra realidad. Como si una muralla de desamor se levantara para impedirlo. Y se oye el airado clamor del profesor dominicano: “Extraña conspiración de engaños, indiferencia y silencio”. Estos no eran para Henríquez Ureña los días alcióneos de su adolescencia, sobre la cual se derramaba una paz luminosa. Pero el criterio del maestro que amó la justicia, no se empaña al juzgar a los poetas norteamericanos de aquel momento histórico en que supimos del dolor supremo. Oigamos sus palabras ungidas de verdad: “En las rutas abiertas por Walt Whitman ha aparecido en los E.E.U.U. un poeta realmente nuevo y original: Vachel Lindsay, con su ritmo ondulado y variable, con sus imágenes frescas y rudas, onomatopeyas y gritos de emoción; con sus temas inesperados de región y raza. Por los caminos del Oeste va el poeta cantando su canción”. Vachel Lindsay, poeta de intenso sentimiento, músico y pintor, distingue en medio de las sombras de la noche, la figura venerada del impecable Lincoln. La guerra —máxima desgracia— de nuevo presente, le impide descansar. Lincoln . . .

Curiosa gran figura, tan querida,
del buen maestro, el campestre abogado....

También se detiene el maestro dominicano en Alfred Joice Kilman. En un campo de guerra —1918— en lejano suelo, soldado que con su muerte ensanchó su gloria, muere el poeta. ¿Quién no repetirá de memoria su hermoso Canto al árbol?

En Thomas Walsh encuentra Pedro Henríquez Ureña la suave aura de ingenuidad piadosa que nos encanta en Lope de Vega, en Valdivieso y en Sor Juana Inés de la Cruz. Piedad que se pone en Thomas Walsh frente a las dudas de pasajero descreído. Vago misticismo trasciende en Junto al Pesebre. Pero su nota suprema es, para Henríquez Ureña, el poema En el cielo y en la tierra, que admira como una “elegía de majestuosos versos, de alta y noble filosofía del dolor y de la muerte, de expresión delicadísima y solemne”. Insuperable dice el conocimiento de Thomas Walsh sobre Fray Luis de León. Hizo del gran agustino traducciones que el maestro dominicano no sólo juzga acertadas, sino de elevación y pureza, como las más hermosas traducciones del príncipe de los poetas castellanos. El maestro a un tiempo de su tierra y del mundo, nos habla de otro poeta norteamericano, éste de ascendencia española, autor de la oda de finísimo sentimiento místico. Testimonio es de que en aquel mundo del oro y del acero, donde parece imposible detenernos a contemplar el cielo, hay almas purísimas que crean hermosos sueños, y que van, en anhelante búsqueda, tras un ideal que no deja morir la esperanza: así en el halconero de Dios, de Rose Benet:

Eché a volar, como un halcón, mi alma.
Le dije: “Espera, espera que yo agite
los nidos de las garzas
debajo de la luna.....
Tendrá plumón de plata
la garza que asuste con mi rùído;
y al extender las alas
ha de lanzar un grito
en que dirá maravillosas ansias:
el secreto profundo de los astros
y respuesta cálida
del corazón del mundo a esos pesares:
sobre esa garza, arrójate, y sujeta, con tus uñas, sus alas.
Con mi vara azoté los tremedales.
En las alturas, como halcón, mi alma
acechaba la presa. Debajo de la luna,
a la orilla del mar entre las cañas,
oí: el somormujo
siniestro se quejaba....

Y de pronto surgió como un relámpo
 (¡Oh su plumón de plata
 y el fragor de sus plumas)
 y la garza de mi anhelo, Yo vi batir sus alas
 en medio a las estrellas,
 y vi confusas a las nubes pálidas
 al lanzarse mi halcón y desgarrarle
 con las uñas las alas.....
 Rápida mi alma descendió de lo alto....
 ¿con despojo celeste entre sus garras?
 ¿con el ave radiosa de mi ensueño?
 ¡Ay, no! con presa informe, ensangrentada;
 rotas las cuerdas del sonoro cuello,
 negro el plumaje que soñe de plata!
 ¡Toda la maravilla
 de sus alas ligeras, destrozada!
 ¡Qué bella pareciste, garza muerta,
 cuando primero te anheló mi alma!
 Y todavía, como halcón, su vuelo
 mi espíritu levanta.
 Debajo de la luna
 perseguiré una garza;
 la garza que yo asuste con mi canto
 tendrá plumón de plata.
 Agitaré los juncosos tremedales
 mientras hinche mi pecho la esperanza.
 acerca el alma mía en las alturas
 a la presa celeste de sus garras.....

Salomón de la Selva, el feliz traductor, también supo de mágicos ensueños y, aunque natural de Nicaragua, tierra pequeña que cría grandes poetas, pertenece a la literatura norteamericana. Imaginativo, de rica personalidad, nos refiere visión deslumbradora tejida con palabras como rosas, con palabras como el vuelo súbito de una multitud de pájaros, con palabras como hojas trémulas que hacen murmurantes los versos....Salomón de la Selva, dice P.H.U., tiene intuiciones de forma, de sonido, de fuerza, de espíritu... Todo se inflama bajo su toque, y confiesa que vive sus poesías: “He de vivir las canciones que canto, para salvarlas de la muerte”.

¡Qué cierto es que la verdad del alma es augurio infalible de perdurabilidad! .

“Sin un ideal anhelado, o tal vez vivido, y sin concepto trascendental de la existencia, nos dice el maestro dominicano, los poemas

de Homero, las Tragedias griegas, las obras de Dante o de Shakespeare, hubieran sido tan sólo realizaciones extraordinarias de forma y de destreza literaria, pero huecas, vacías de contenido humano”

Y comentando ideas expuestas por Antonio Caso, agrega: “Las modernas corrientes del pensamiento tienden a declarar que no es la razón, que no es la inteligencia racionante, la que llega al fondo de los problemas esenciales del universo, que la intuición espiritual es la que se acerca a iluminarnos. En vez de contraponer la metafísica a la ciencia, las relaciona como partes que completan el estudio del universo”.

Nunca se apartó P.H.U. de los intereses del espíritu. Devoto de la alteza espiritual y del don del sentir humano, aconseja la penetración delicada, ahondar amorosamente en el autor estudiado, apartando de sí todo criterio realista o mundano. Lamenta la opresión espiritual, y nos pide ser abiertos, acogedores, generosos....Que seamos incapaces de odio, y capaces de comprender que todos los hombres, hasta aquellos que no nos miran con amor, poseen virtudes.

La defensa de la tesis doctoral de Pedro Henríquez Ureña: “La versificación irregular en la poesía castellana”, tuvo lugar el 3 de Junio de 1918, y fué calificada por el jurado con la máxima nota de ejemplar. El 20 del mismo mes y año se le otorga el título de Doctor en Literatura y Artes. El 24 de Julio de 1919 renuncia a su cátedra de Lenguas Romances, y se dirige a Madrid, donde se publica su tesis, cuyo original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Minneapolis. Continúa trabajando en el tema de la versificación irregular, y las nuevas aportaciones aparecen en una segunda edición.

En Madrid trabajó en compañía de Alfonso Reyes y de otros jóvenes intelectuales, bajo el rectorado de don Ramón Menéndez Pidal. Pero, llamado por el Departamento de Instrucción Pública, sale para México, donde residirá durante muchos años estimado como orientador de la juventud amante de las Letras y de la Filosofía.

De su tesis doctoral pretendo darles a ustedes un rápido esquema, siquiera sea transitado por su superficie.

En ese erudito trabajo, que precisó rutas de la poesía hasta entonces no trazadas, que aclara la discutida irregularidad métrica del Poema del Mio Cid. No fué, afirma Henríquez Ureña, inhabilidad del poeta que compuso, ni descuido del copista que copió. Es la libertad, la fluctuación de la medida, la amplia y atrevida irregularidad que distingue la modalidad hispánica; recurso de espontaneidad y gracia tan-

to en los cantores ambulantes, como en los cultos trovadores de palacio.

En el Misterio de los Reyes Magos, que se supone escrito por la pluma culta de algún clérigo, y que es, como la gesta de Rodrigo de Vivar, del siglo XII, encontramos además del alejandrino, versos de nueve sílabas, de ocho, siete, seis, cinco, cuatro y tres sílabas, como si presintiera ya la copla de pie quebrado. Tanto clérigos como juglares, jugaban con la irregularidad de la medida.

En cuanto a la polimetría del Misterio que inició el teatro medieval sigue viva a través del dilatado espacio de tiempo. Refugiada la vemos en los textos literarios del llamado "género chico".

El clérigo Berceo (siglo XIII) que declara su intención de hacer sus versos en sílabas contadas, no siempre consigue ceñirse a una medida exacta. La fluctuación estaba favorecida por la difusión oral propia de la Edad Media. El genial Arcipreste de Hita (siglo XIV) no se preocupaba de la regularidad métrica, y acepta de antemano las alteraciones que pudieran introducir en su obra los juglares. ¿Para qué necesitaría el ajuglarado clérigo de la tiránica regularidad de la medida? Tampoco se encuentra en los romances viejos, y sólo los posteriores, que llegan al siglo XVI, se ajustan al octosílabo.

En Alvarez Gato (siglo XV) encontramos el verso de nueve sílabas, destinado a eclipsarse, y a refugiarse en las humildes canciones del pueblo, para reaparecer luego con notoria complacencia, en no menores poetas que Lope y Tirso de Molina. No debe sorprendernos que los materiales artísticos tengan, como nosotros, sus inexplicables vicisitudes. Las formas libres, amétricas, van siendo menos frecuentes y en cambio se ponen de moda los versos de acusado ritmo, propios de las danzas cantadas muy en boga en el reinado de los Reyes Católicos.

En los reinados de Carlos V y de Felipe II, florecen con el atractivo de su gracia, la seguidilla de pródiga y dilatada vitalidad. ¡Cuántas veces tropezamos con ella en la historia de aquel caballero de la Mancha, el de la triste figura!

El molde ejemplar de la seguidilla es de un verso de siete sílabas y otro de cinco en posición alterna. Pero alterarlo no será, ni con mucho, falta grave. Con versos corridos de doce sílabas, las hacía Cervantes. Gemela de la seguidilla, es la endecha, que difiere de ella por su modalidad doliente. Así la canción vieja recogida por el entusiasta recolector de la tradición anónima (folklorista lo llamaríamos hoy) Sebastián Orozco:

Señor Gómez Arias,
doleos de mí,
soy muchacha y niña
y nunca en tal me ví.

La misma eñdecha anónima la encontramos recogida por Cervantes, y después variado en Calderón, que por cierto no era inclinado a recoger los anónimos cantares, prefería imitarlos o sustituirlos con otros de procedencia culta:

En Calderón:

Señor Gomez Arias
duélete de mí,
no me dejes presa
en Benamejí.

Y surgen nuevos motes y los estribillos agregados a la estrofa. El estribillo aparece por primera vez en una seguidilla que se tiene por primera en su género. Es anónima, y aparece en la Cancionero musical de Barbieri, que comprende los siglos XV y XVI: Conviene recordar que la poesía anónima y mucha de la firmada era para ser cantada:

Tirte allá, que nón quiero,
mozuelo Rodrigo.

Mi tiempo perdido todo
fasta agora.....
¡por ser namorado de vos,
mi señora!

Agora que vengo,
dasme por abrigo;
tirte allá, que non quiero,
mozuelo Rodrigo.

Transformada a lo divino aparece en Alvarez Gato:

Quita allá, que no quiero,
mundo enemigo;
quita allá, que no quiero
pendencias contigo.

La confidencia o queja de la hija a su madre, diálogo plañidero, que se trueca a veces en franca rebeldía, fué imitación de las viejas

canciones galaico—portuguesas llamadas “canciones de amigo”.

Anónima:

Las mis penas, madre,
de amores son....

No puedo apartarme
de los amores, madre,
no puedo apartarme.

En la siguiente, también anónima, aparece un verso que aprovecharía después Cervantes. Recogida en el Cancionero de Barbieri:

Madre, la mi madre,
el mi lindo amigo
moricos de allende
lo llevan cativo.
Cadenas, de oro.....
candado morisco.....
¡Ay, que non era....
más ay, que non hay
quien de mi pena se duela!

En Baltasar del Alcázar:

No quiero, mi madre
los montes de oro,
sino holgarne
con quien adoro.

Juan del Encina, poeta y músico que cantaba con las cuerdas del amor en edad madura, ahora sacerdote y de humor más acongojado que contrito, canta:

Ya cerradas son las puertas
de mi vida,
y la llave es ya perdida.
¡Tiénelas tan bien cerradas
el portero de amor!
No tiene ningún temor
que de mí sean quebradas.
Son las puertas ya cerradas
de mi vida,
y la llave es ya perdida.

Y aparece la gaita gallega, también de origen portugués, con versos de diez y cinco sílabas. Si bien suelen aparecer de diez y doce sílabas. Anónima:

Soy garridita, y pierdo sazón
por mal mirada;
tengo marido en mi corazón,
que a mí me agrada.

Encontramos el tema de la mal maridada no sólo en la forma de gaita gallega, sino también en coplas, romances y villancicos:

Soy garridica
y vivo penada
por ser mal casada.

En varias ocasiones aprovecha Gil Vicente el mote de la mal casada. Y fué una: nada menos que para celebrar la boda de Don Juan III de Portugal con Doña Catalina. ¡La mal mariada! Lindo obsequio para festejar unas bodas! . El amado que no llega fué mote que gozó de gran popularidad: En el Cancionero de Upsala:

Si la noche hace oscura
y tan corto es el camino,
¿cómo nos venís, amigo?

Toca la queda,
mi amor no viene,
algo tiene en el campo
que lo detiene.

Anónima de Andalucía:

Las ánimas han dado,
mi amor no viene;
alguna picarona
me lo detiene.

Y en una “ensalada” de Peñalosa:

Aquel pastorico, madre,
que no viene,
algo tiene en el campo
que lo detiene.

Vuelto a lo divino aparece en el Cancionero de Ambrosio de de Montesino y en el de Upsala:

La media noche es pasada
y el que me pena no viene;
mi desdicha lo retiene.

Una variante a lo divino se ha adjudicado a Santa Rosa de Lima:

Las doce son dadas,
mi Esposo divino no viene,
¿Quién será la dichosa
que lo detiene?

En la Celestina, en cuyo lenguaje asoma con gracia el coloquio familiar y, sin rubor, el crudo desenfado de los ínfimos, la enamorada Melibea también padece celos y angustias porque Calixto tarda en llegar, y no habrá de aliviarse su amorosa congoja, hasta cantar la imprescindible seguidilla anónima:

La media noche es pasada
y no viene;
sabadme si hay otra amada
que lo detiene.

El recíproco ir y venir, el flujo y reflejo de lo popular a lo culto y de lo culto a lo popular, observado por Pedro Henríquez Ureña en su profundo estudio del idioma, dió lugar a que creciera en él el interés por los materiales anónimos que tantas cosas nos revelan. En los estudios de Folklore comparado queda demostrada la insistencia de los temas: por herencia, por imitación, por las imprescindibles variaciones de la literatura oral, por la expansión en el espacio, en ocasiones tan dilatado y por contactos tan ignorados, que se ofrecen como incomprensibles.

Las poesías paralolísticas, con el amable encanto de sus palabras repetidas recalcando el pensamiento, las encontramos de muchos siglos atrás. Así en algunos Salmos de David, pero también las tenemos en el tesoro de cantos anónimos de nuestra lengua, como en la letra dialogada de esta danza rústica:

—Ay, Juana, cuerpo garrido,
ay, Juana, cuerpo lozano!
¿Dónde le dejas a tu buen amigo?
¿Dónde le dejas a tu bien amado?

—Muerto le dejo a la orilla del río,
déljole muerto a la orilla del vado.
—¿Cuánto me das y volvértelo he vivo?
¿Cuánto me das y volvértelo he sano?
—Doite las armas y doite el caballo.
—No he menester de armas ni rocino,
no he menester dé armas ni caballo.

Pocomenos que inútiles fueron los empeños de los poetas de la corte de Juàn II de Castilla para regularizar la medida del verso. Santillana, que tánto privaba en culto, no desdeña el refranero, y nos lo dá ¿cómo? , pues rimados en versos irregulares a la manera popular:

No blasfemes de rey
en escondido,
huya tu lengua e sentido
tales redes,
que en tal caso, las paredes
han oídos.

En cuanto al prudente consejo, de igual modo nos amonesta nuestro cantor criollo, a quien yo confieso preferir:

Quiéreme en secreto, amor,
y no seremos sentidos:
que los montes tienen ojos
y las paredes oídos.

Los villancicos anónimos de Navidad fueron, con harta frecuencia, compuestos sobre motivos profanos que, modificando la letra, se tornan piadosos:

Digas, pastorico
que gozas de amor,
¿Dó viste al Redentor?

Mientras tanto, el verso de nueve sílabas va desapareciendo con con el empuje del octosílabo. Se eclipsará el encasílabo, se desplazará hacia tierras de Francia, pero no morirá para nosotros, del todo. Lo veremos, con nueva vida, en más de un poeta de los siglos de oro. De la entraña tradicional es este recogido por Lope:

Velador que el castillo velas,
vélele bien, y mira por tí;
que velando en él me perdí.

Y en el teatro de Tirso encontramos, sin dificultad, ejemplos de endecasílabos:

Borbollicos hacen las aguas
cuando ven a mi bien pasar.....

En cuanto al endecasílabo, importado de Italia por Santillana, triunfante lo hemos de ver en Boscán y Garcilaso. En el constante ir y venir, no tardará el poeta anónimo en hacerlo suyo:

¡Viva la gala de la pastorcilla!

La novedad no está solo en la medida del verso, sino también en el mote. Llevarse la gala se pone de moda. No había en aquellos tiempos tan aguda preocupación por ser original como la tenemos hoy, que el máximo propósito no es pensar ni sentir, sino asombrar con la novedades. En la mejor espigadera de Tirso:

Esta sí que se lleva la gala,
que las otras no.

Y Lope, en El caballero de Olmedo:

Que la noche lo mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

El nuevo mote conlleva una comparación que no deja de ser irritante. No así en un auto de Lope de más limpia y devota intención: Habla de Cristo:

Este es Rey, y este es Señor,
que los otros no.

El sujeto seguirá cambiando: esta es la niña, esta es la reina... que las otras no. Pero he aquí que a lo divino aparece también en Sor Juana Inés de la Cruz, como en Lope; ajustado a verdad y justicia, compuesto para la profesión de una monja, en endecasílabos alternos, que muy conservadora fué la monja mexicana:

Este sí que es enamorado
como lo he menester yo,
éste sí, que, los otros no.

Y tropezamos con Carrillo, el novio, el queridito. Personajes muy suyos tiene el haber tradicional: Pedro de Urdemala, el conocido de Cervantes, Pedro de los Palotes, Maricastaña, Tomás Carite, mencionados como familiares de nuestra tierra. Esto sin contar al demencio

y al cura, que son universales. El cura, que entró a tomar parte principalísima de esta cuadrilla de gentes desde que se interpuso entre Don Quijote y sus buenas acciones; o antes: desde que tropezamos con los togados y famélicos amos a quienes sirvió, por su pésima suerte, el inolvidable Lazarillo de Tormes.

Al famoso carillo nos lo da a conocer nada menos que Hurtado de Mendoza en el ya arrinconado encasílabo:

—Carillo, ¿quieres bien a Juana?
—Como a mi vida y a mi alma.

Y recogido lo vemos en Sebastián de Orozco:

Pídeme, Carillo!
que a tí darterme han,
que en casa de mis padres
mal aborrecida me han.

Y en Cristóbal de Catillejo:

Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte he.
Si no, bésame tú a mí.
que yo te las guardaré.

Letra con que se cantaba una célebre melodía con variaciones en la forma de la chacona, siglo XVI, con nombre de Romanesca.

El metro de gaita gallega continúa apareciendo tanto en los hábiles rimadores del pueblo, como en los poetas cultos. En la mejor espigadera de Tirso:

Florechitas que Rut bella pisa
mientras sus ojos regadas os ven:
No os riáis, no os riáis, que no viene bien
con sus lágrimas vuestra risa.

Y en el precioso y favorecido tema del molino que aparece en la comedia San Isidro Labrador, de Lope:

Molinito que mueles amores,
pues que mis ojos agua te dan,
no coja desdenes quien siembra favores,
que dándome vida, matarme podrás.

También encontramos la gaita gallega en Calderón:

Ruiseñor que volando vas,
cantando finezas, cantando favores,
¡oh, cuanta pena y envidia me das!
Pero no, que ni cantas amores,
tú tendrás celos y tú llorarás.

Y en el poeta anónimo:

Jilguerito que al alba saludas
con dulces primores, no debes amar;
que no tiene quien ame de veras,
más glorias que penas, más dichas que el mal.

Ruiz de Alarcón se aparta, huía, dice Henríquez Ureña, de las formas populares. El criollo mejicano no se compenetró totalmente con el español peninsular, “lleno del rústico vigor del terruño castizo”. En cambio, ¡con qué suave deleite hemos saboreado el Canto espiritual del místico supremo, del angelical San Juan de la Cruz, y lo creeríamos, por la insistencia del estribillo, arrancado de la misma entraña del pueblo!

Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche.

Aquella eterna fuente está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.....

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
que sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.....

A través de los siglos que van del XV al XVII se repitió, con variadas estructuras rítmicas, la congojosa queja de la hija enamorada cuyas penas son incurables de amor. En el Cancionero de Barbieri:

Aquel caballero, madre,
si morirá,
con tanta mala vida
como ha.

Enemiga la soy, madre,
a aquel caballero yo:
mal enemiga le so.

Mi alma, cierto, le ama,
mas no le muestra favor,
porqué no le digan que amor
de amores venció a una dama.

Tenemos en Lope de Sosa una variante a lo divino:

Muy amiga le soy madre,
a aquel Jesús que nació:
más que a mí le quiero yo.

Alivio sería cantar el motivo con el disfraz espiritual. Pero ¿no habrá otro remedio para curar los desabridos males de amor? . Sí que los hubo. Nos lo descubre cierta sabidora de amores que quiso ocultar su nombre:

A los baños del amor
Sola iré.
y en ellos me bañaré.

Góngora, —hombre de los dobles, en quienes —como dice P.H. U.— anidan dos almas—. Sólo excepcionalmente recoge cantares anónimos. Prefiere imitarlos.

Y lo hace con tanta perfección de gracia, de intención y de forma, que con el cantor del pueblo se confunde. El lindo estribillo:

Dejadme llorar
orillas del mar.....

Estamos tentados de tomarlo como invención de este poeta cultísimo que supo amar las flores silvestres del pueblo español tan rico en cantares y decires anónimos.

Pero la poesía de medida irregular iba perdiendo terreno. El verso, aún para cantar y bailar, tendía a regularizarse, y hacia la mitad del siglo XVII, tanto la seguidilla como el metro de gaita gallega, persiguen la exactitud de la medida. La irregularidad voluntaria perdura tan sólo producto de la musa popular. Privó el timorato sentido común que se escandaliza de los atrevimientos y sigue al pie de la letra lo oficialmente prescrito. El prestigio de la poesía irregular había pasado. La ha visto, en pleno florecimiento, escalar los palacios de los príncipes, para vivir después disimulada en medio de ambientes humildes. Pero no había perdido ni su riqueza rítmica, ni su flexible adaptación al canto y al baile, que el teatro continuaba aprovechando.

La Iglesia también siguió abriendo sus puertas a ciertos géneros populares en las celebraciones floridas dedicadas a la Virgen María, y en los ingenuos regocijos de Navidad. Sor Juana Inés de la Cruz insistió en su aprecio de la manera popular, y continúa aprovechando las formas irregulares en alabanzas y villancicos. Con todo, la poesía ceñida a la medida regular, había ganado la batalla, olvidando la peregrina vocación que se abre a todos los matices de la Hermosura: lo mismo a los secretos del pueblo, sabidor de requiebros y endechas, como a los trabajados recursos de los que saben añadir a lo espontáneo y natural los primores de una refinada cultura.

Había triunfado el retoricismo académico del siglo XVIII (“de las academias, líbranos Señor!”) tan exacto, tan medido, tan esclavo de la perfección oficial, tan escrupuloso en observar las reglas del buen decir. La árida preocupación alcanzó los postreros años del siglo XIX.....

Mientras tanto, la belleza, la divinidad multiforme, no descansa. Tímidamente comienzan a asomar de nuevo versos que habían caído en desuso. Así, en himnos patrióticos, el de diez sílabas. (Como en nuestro himno nacional). Aparece también, alguna que otra vez, el metro de gaita gallega. Se arriesga, nada menos que en Iriarte, el verso tan olvidado de nueve sílabas. Y aparece asimismo en una poesía de Bello y en el Canto a la Cruz de la Avellaneda.

No hay para que referirse a la esporádica renovación métrica que intentaron tanto Espronceda como Zorrilla, y que pasó, sin ganar imitadores. Ellos mismos no perseveraron en su fugaz audacia.

Y llegamos a los días de Rubén Darío, y con él a la eclosión del modernismo a un tiempo restaurador y renovador, que yendo hacia atrás, llega hasta la literatura oral de los siglos XII y XIV. Y que también da pasos hacia adelante — ¡y con qué belleza tan fina, y con qué maestría! —. En Rubén, con geniales aciertos de virginal hermosura.

Los maestros y defensores del rígido academicismo, no se mostraron plegadizos ni inactivos. La batalla fué recia. No renunciarían espontáneamente a su inmutable credo estético. Pero el nuevo triunfo de la libertad poética estaba trazado. Un poco más, y el verso irregular, ondeado y flexible, impondrá nuevos aspectos de la eterna Belleza. Bastará decir que toda la poesía nueva tiene sus raíces en el modernismo que reconoció a Rubén como jefe y maestro del movimiento que hizo nuevo lo antiguo, y novedad cada hallazgo inusitado de forma. No sólo los poetas de la América española, también los

poetas peninsulares responden al toque de alerta. Magia de mil colores fue la de aquel cantor, hijo de la mimosa tierra de Galicia, que despertaba en Rubén no sé que inquietante y turbador deleite. Se han quedado atrás los dioses de la pétreo uniformidad, sumidos a pautas endurecidas, al falso catecismo estético que cree más en los preceptos que en el hombre. Como si la Belleza no se identificara con Dios; como si el quehacer artístico noble y precioso entre todos no tuviera que inclinarse ante la sagrada imposición de la Hermosura que no tiene límites, ni trabas, ni puede tener prefijados moldes.

Llegando a nuestro presente, ¿a quién más recordaré, sino al inolvidable Juan Ramón que introduce en su poesía desnuda, transparente y de una levedad que parece extrahumana, el elemento popular ausente en Rubén? Canto de primavera que exalta la fecundidad de la tierra, cantos de la Maya, fiesta de la Cruz que una vez pude llevar, yendo hacia atrás, hasta los linderos del paganismo, cuando los devotos de Afrodita, con enloquecedoras danzas, celebraban la dádiva de los dioses. Fragancia de rosas para coronar a la diosa del amor que en Lope se transforma en Madre purísima del Amor increado; gala de la gracia, flor del cielo.....

Voz de Juan Ramón es esta:

Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.....
Vivan las rosas, las rosas del amor,
entre el verde con sol de la pradera.
Vamos al campo por romero.
Vámonos, vámonos
por romero y por amor.

Después del torrente de poesías amétricas y de las agresivas novedades que siguieron a la muerte de Rubén Darío, y que pareció aniquilar para siempre las estructuras rígidas, nos sorprende, en novísimos poetas, un inesperado retorno a los diseños rítmicos de sílabas contadas y de obligada rima. ¿Qué diremos? sino que tiene en sus manos la verdad: tanto en el triunfo de las formas sin forma del verso libre, como en las creaciones de impuestas normas. La poesía, si se sostiene en un decoroso nivel de depurada belleza; si no olvida que la belleza, limpia de fingimientos, es imperioso saber; si ama y respeta la palabra ¡el nobilísimo instrumento! — alcanzará el fin, el porqué y el para qué de su existir: la suprema hermosura del decir y del pensar.

Este apretado recorrido, débil imagen de la realidad expuesta en su tesis por P.H.U., ha traído a mi memoria las impresionantes palabras de la mística doctora de Avila que se abismaba considerando la dignidad, la riqueza, el valor, la gran hermosura del alma, y su imponderable capacidad.

El hombre que es ejemplarmente hombre, el que en verdad es hombre apreciador del espíritu, triunfará siempre sobre aquel que aparenta serlo por la frágil envoltura en que se anida el alma. El alma, que habrá de alentar con un vivir que es vida en voluntad de conocer y amar.

Ventura, y grande, sería para mí poder formular un juicio adecuado, no del erudito, no del sabio, sino del maestro, del hombre que fué P.H.U. En él la bondad, fruto del Espíritu de Amor, fue un destello, como una luz que iluminara, que ensanchara, que vigorizara su inteligencia, entregada tan generosamente al servicio de sus discípulos, de sus compañeros, de sus amigos.